

CARTA XXVII.

EL FILÓSOFO A TEODORO.

TEODORO mio : Esta noche la pasé muy desasosegada. A pesar de cuanto me dijo el padre para tranquilizarme, la inquietud que él mismo ocasionó en mi corazon no me dejaba reposar. Sentia en mi interior que nada podia destruir la conviccion íntima de mi indignidad. ¡ Qué! me decia á mi mismo, ¿ un miserable que ha pasado su larga vida en lo mas profundo de la corrupcion irá tan presto, y sin ninguna penitencia á sentarse en la mesa preparada para los amigos de Dios? Estas ideas me afligieron toda la noche. La memoria de mis muchos delitos, sobre todo, la de algunos mas execrables, y que punzaban mas mi corazon, me llenaba de horror.

Pero la idea que en aquel momento se despertó con mas viveza, y me perseguia con tenacidad, fue la imágen de un hombre que acababa de morir á mis manos. Este espectáculo, que no se apartaba de mi memoria, no me dejaba sosegar un momento. Procuraba consolarme, pensando que aquel lance mas parecia una desgracia que un delito; que el estrangero fue víctima de su furor, y no de mi venganza; que habia sido tan injusto como violento, que me habia provocado, que mi primera intencion no fue matarle, sino defenderme; que me habia forzado á darle la muerte, por no perder la vida á manos de su brutal

fiebreza; pero, por mas que me representaba lo que podia servirme de disculpa, no se me ocultaba que yo habia sido la primera causa del estrago.

En todas partes veia á este infeliz postrado en tierra por mi feroz brazo; veia delante de mi el suelo que yo manché con su sangre; pensaba en su alma inmortal, que yo habria quizás precipitado en una suerte eternamente infeliz; pues no podia disimularme su mala vida, sus costumbres corrompidas; y que, cuando no me horrorizara este conocimiento, el modo solo de su muerte era un delito. Me indignaba contra mí mismo, considerando que era mi bárbara mano la que le habia cortado el tiempo de convertirse, todos los medios de penitencia y toda esperanza de perdon. Creia verle en medio de tormentos sin fin, de tormentos que yo merecia, y en que estaria tambien el infeliz Manuel.

La imágen de este se juntaba para afligirme mas, y completar mi horror; pero por lo menos me consolaba con el pensamiento de que, aunque cómplice y compañero de sus excesos, no fui el autor de su postrer desgracia. La del estrangero me llenaba de mas terror, era un cruel torcedor que me oprimia el pecho, una sierpe feroz que me roia las entrañas, un puñal agudo que me destrozaba el corazon. ¡ Qué! gritaba sin poder contenerme, yo he muerto á un hombre! ¡ yo puedo ser causa de que esté condenado á penas irrevocables, á dolores eternos! ¿ y me atreveré con las manos bañadas todavia de su fresca sangre, con el pecho rasgado

por tantas furias, á recibir al Dios de la paz y del amor?

Estaba entre estas violentas agitaciones cuando llegó la hora, y con ella mi santo conductor: cubierto de lágrimas le espuse el estado lamentable de mi alma, y le pedí con ansia difiriese el tiempo de mi comunión, que me diese tiempo para hacer penitencia rigurosa, y lavar antes con mi propia sangre tantos delitos, y sobre todo la sangre de que me sentía cubierto. El padre escuchó con paciencia la larga espresion de mi pena, se enterneció conmigo, y correr lágrimas compasivas de sus modestos ojos; y despues de haber procurado sosegarne hizo que nos sentásemos, y me habló de esta manera:

Vuestro dolor es justo, señor; vos habeis empleado muy mal vuestra vida, vos habeis ofendido mucho á Dios; todo debe affligiros, y no es estraño que la muerte de un hombre os cause remordimientos tan voraces; quitar la vida á un hombre es uno de los mayores delitos. Dios, que es el que solo puede darla á todos, es él solo tambien quien la puede quitar; y el hombre que se atreve á quitar la vida á otro insulta su soberanía, ultraja su magestad, y se hace reo de todas las consecuencias. Vuestros temores son bien fundados; Dios señala el tiempo á su justicia, y segun las luces de la fe todo debe temerse de tan fatales circunstancias.

A la verdad es mal estado para perder la vida haberla pasado en tanto desórden, sin haber tenido tiempo para apelar á la penitencia, y es un delito nuevo el haberla perdido, violando en el mismo lance

todas las leyes divinas y humanas; entonces á una vida hórrorosa acompaña una muerte escandalosa: todo es horrible en suceso tan trágico, todo es temible; pero Dios es un tesoro de bondad tan escondido como inagotable, y tiene recursos de misericordia que no penetran los hombres; á nuestra fe y nuestro respeto no ha dejado otro arbitrio que el de humillarnos, arrepentirnos y someternos, adorar los arcanos de su sabiduría impenetrable, y, llenos de la idea de su infinita misericordia, esperar contra la misma esperanza.

Esto no quita que nuestro dolor no deba ser vivo; nuestras lágrimas continuas, y nuestra penitencia incesante; pero cuando el mal ha sucedido, cuando ya es imposible al hombre remediarlo, cuando no hay medio de que no sea lo que ha sido, ¿qué puede hacer el hombre miserable á quien Dios se dignó de abrir los ojos y demostrarle sus errores, sino llorarlos implorando su clemencia? El pecador se ve lleno de terror, cubierto de iniquidades, digno de todos los castigos; pero si su propio conocimiento le atemoriza, ¿cómo no le alentará la esperanza, cuando levanta los ojos, y ve en el Dios poderoso que ha ofendido un amoroso padre que le aguarda, y no espera mas que un suspiro sincero de su corazon, un verdadero arrepentimiento para perdonarlo todo? Cuando le ofrece en los méritos de su Redentor un tesoro superabundante, no solo para desquitar sus delitos, sino todos los del universo, ¿qué puede hacer, digo, sino echarse á los pies de esta misericordia que le espera,

abrazarse con la cruz, que es el canal por donde le comunica su perdon, y el instrumento que en falta de sus méritos le hace propios los de su Dios? en fin, ¿qué podrá hacer sino recurrir á los medios que la bondad divina le proporciona en los sacramentos de la Iglesia?

Vos lo habeis hecho, señor, vos me habeis contado con dolor, y como á ministro del Dios que habeis ofendido, ese y los demas de vuestros delitos; yo en su nombre os he perdonado ese y todos los demas, y espero que su inmensa piedad ha ratificado en el cielo mi absolucion; en esta parte hemos cumplido con uno de los medios que nos propone; nos queda otro, y es el de la eucaristía. Vos os teneis por indigno, teneis razon; y este sacramento no es para los dignos, porque no hay hombre que lo sea; no es para los que son indignos, y no piensan en dejarlo de ser, porque la profanan, y se hacen mas indignos; pero es para los que han sido indignos, y ya quieren dejarlo de ser.

Así es, señor, si este sacramento es para los justos, porque Dios se complace en venir al seno que adorna con su gracia, y en añadir fuerza al fuerte, tambien es para el débil, que, despues de haber perdido á su Dios, le viene á buscar arrepentido; tambien lo es para sostener al que todavía mal seguro entra ya en el camino del cielo; ea, señor, alentaos, reconoced con humildad que todavía no podeis juzgar de las cosas de Dios. Vos podeis y debeis pensar en su presencia que no sois digno de bien tan soberano; pero, ¿no

lo fuerais mas si con este motivo tuviérais el orgullo de querer gobernaros por vuestro propio juicio? ¿no sabeis que la obediencia vale mas que el sacrificio? ¿y quién es el que os dice que os prepareis para venir á la mesa divina? El hombre que Dios os ha destinado para que os reconcilie con él, el amigo á quien habeis confiado vuestros delitos mas secretos, y conoce ya toda vuestra iniquidad; el que os ha escuchado como ministro de Jesucristo, y que os lo dice en su nombre. ¿Qué podeis pues hacer sino obedecerle?

Sabed, señor, que Jesucristo no vino á la tierra por los justos, sino por los pecadores; sabed que él mismo los convida á estos (1): *Venid á mí*, decia, *todos los que estais cargados y fatigados, que yo os aliviare*. ¿A quienes llama, señor? No es á los que estan libres, y vuelan con las alas de la gracia; no es á los que andan con facilidad este camino, porque no tienen peso que los abrume; es á los que estan cargados de pecados, á los que estan fatigados con sus iniquidades; parece que á proporcion de que su carga es grande les da derecho para acercarse mas á él, cuando ya le buscan arrepentidos. Así, pues os considerais uno de los mayores pecadores, tambien debeis considerar que sois uno de los que llama.

¿Y porqué haréis á la gracia el agravio de creer que no haya podido lavar vuestras culpas, y que no sea capaz de sosteneros? Sin duda que para accion tan santa es menester probarse, como dice el apóstol;

(1) *Matth.*, xi, 28.

pero esta prueba no es tan difícil, y solo se pueden engañar los que quieren. ¿Qué se pide del pecador? que esté sinceramente convertido, que deteste sus errores pasados, que esté seriamente resuelto á no cometerlos otra vez, y á tomar todos los medios de conseguirlo; que esté bien confesado, y que venga con un deseo sincero y ardiente de unirse con Jesucristo que ha bajado del cielo para unirse con él.

Ved aquí todo lo que se pide. Yo no dudo que estos sentimientos reinan en vuestro corazón, esto basta. La santa eucaristía hará lo demás, y, lejos de que nuestra pasada indignidad, ó el temor de nuestra flaqueza nos alejen, debemos buscar en ella el remedio de estos mismos males. Con tal que nuestro corazón lo desee, ella sabe repararlo todo, ella perfecciona nuestras intenciones y nos da la fuerza de ejecutarlas. El mismo Jesucristo nos ha dicho, que el que se alimenta de su cuerpo vive por él (1): *Et qui manducat me, et ipse vivet propter me.*

Es pues la comunión misma la que os hará practicar todas las virtudes, la que os enseñará á separaros cada vez mas de las ilusiones del mundo, á despreciar todo lo que debe acabarse, á arrancar de vuestro corazón todo lo que no es digno del Dios que habita en él, y á poner en lugar de los vicios que destruyen las virtudes que vivifican. La frecuencia de la santa mesa os dará un gusto nuevo de la oración, del retiro y de todos los ejercicios de la vida cristiana.

(1) *Joann.*, vi, 58.

eristiana. Con el uso de este manjar divino adquirireis fuerzas para resistir á los peligros, huir de las ocasiones, y defenderos contra vuestra flaqueza propia; en fin el uso mismo de este pan celestial os pondrá en estado de acercaros al altar mas dignamente. Una comunión debe servir de preparación para otra. Alejarse de ellas es el mayor peligro, porque con eso crece progresivamente la tibieza, se enfurecen las pasiones, Jesucristo se ausenta, y el hombre se endurece en el pecado.

No se puede pedir de un pecador que ha estado largo tiempo ciego, y á quien ha movido la piedad de Dios, que de repente tenga toda la perfección que exige tan alto misterio. Tampoco se ha de imaginar que la sagrada eucaristía deba desde luego establecerlos en un estado inmutable de justicia. Esto no se concede en la tierra; es el privilegio del cielo, donde Dios se manifiesta en toda su hermosura al alma bienaventurada, la penetra de los ardientes fuegos de su amor, y la reduce á la dichosa impotencia de ofenderle.

Nadie ignora que en la tierra la vida del hombre es una tentación continua; que se han visto tristes ejemplos que tal vez, hasta los justos, han contristado la Iglesia con funestas caídas, y que el que está en pie debe estar siempre con cuidado para no caer. Así solo se le pide que su disposición actual sea buena, y que implore con confianza el socorro del cielo para mejorarla mas cada día; que despues de haber tomado el remedio no se le vean los mismos

males que antes; que si no está perfectamente curado, esté á lo menos como un convaleciente que se va sucesivamente fortificando; que manifieste que ya corre en sus venas la sangre del Salvador, que procura parecersele en algo, y que tiene ya sentimientos dignos de tanta elevacion.

El que come mi carne y bebe mi sangre, decia Jesucristo (1), *se queda en mí, y yo me quedo en él*. No dice, se une conmigo; sino *se queda en mí*. Tampoco dice, me uno con él, sino *me quedo en él*; esto es, establezco, formo en su corazon una mansión fija, sólida y durable, hago con él una alianza firme y constante. En efecto, señor, una santa y humilde comunión llena al alma de tantas gracias, Jesucristo se une con ella tan íntimamente, y de una manera tan inefable, que se siente inflamada con vivas fuerzas y mayor valor. Su fe se aumenta tan sensiblemente, que anda mucho tiempo, como el profeta, con la fuerza y el socorro de esta vianda santa, y es difícil que el que comulgó con sinceridad y buena fe pueda pasar rápidamente del mas poderoso remedio de la religion á flaquezas indignas de una alma cristiana.

Creed, señor, que un terror demasiado puede ser una tentacion; vos sois indigno, todos lo somos. No hay mortal digno de llegar al altar de Jesucristo, si él mismo no lo hace; pero él quiere que lleguemos, él nos convida; él ha abierto un hospital magnífico

(1) *Joann.*, vi, 57.

para curar á todos los enfermos, y el remedio es su propia sangre, remedio infalible cuando se recibe con fe y amor; seria faltarle no venir, solo un enemigo de sí mismo puede no aprovecharse de don tan grande; el mas llagado, el que está mas corrompido debe apresurarse mas; este sacramento es un tesoro para los pobres y una medicina para los enfermos. Sin duda que es el pan de los justos; pero no deja de ser tambien de los penitentes, y si es la vianda sólida del robusto, es tambien la leche de los que empiezan; está preparado para todos, y principalmente para los enfermos; porque los que estan sanos no necesitan de médico, sino los que no lo estan.

Todo consiste en nuestra preparacion, de esta depende el fruto que se nos aplica; porque la gracia de este sacramento será proporcionada á la fe y al amor del que le recibe: él en sí mismo es infinito é inagotable, porque contiene á Jesucristo entero, que es el principio verdadero de todas las gracias; y cada accion suya es infinita y capaz de borrar todos los pecados del mundo. El Espíritu Santo es el que aplica á los fieles estos méritos, y los aplica á cada uno á proporcion del ardor y eficacia con que los pide; es un océano sin fin, del que cada cual saca todo el agua que puede caber en su vasija. El agua no puede faltar, pero ninguno puede sacar mas de la que puede contener su vaso, y al que le lleva muy grande, por el ansia y ardor con que la solicita, se le dice lo que decia David (1): *Abre la boca y te llenaré toda.*

(1) *Psal.* LXXX, 11.

¿Y qué es menester para prepararse bien? una fe muy viva de la presencia de Jesucristo, que viene como Dios y hombre á morar en nuestro corazon; una devocion ardiente y afectuosa, acompañada de aquel respeto y reverencia que se debe á Dios. Es pues necesario desterrar entonces de nuestra alma toda imaginacion estrangera, todo pensamiento de negocios, para que con libertad y amor se aplique al grande objeto de que se ocupa; no basta haber sacudido todos los pecados por la confesion, es menester sacudir tambien toda otra idea que pueda distraer de la tierna devocion y amor á Jesucristo.

Cuando Moises subió al monte de Sinaí para hablar á Dios, subió solo, y se le mandó que no hubiera en todo el monte ni hombres ni animales, para que la soledad fuera perfecta, y no pudiera ver otra cosa. Así el que viene á recibir á su Dios ha de venir con un corazon tan solitario, tan recogido y tan absorto en lo que va á hacer, que en aquel momento no vea otra cosa que á su Dios; Moises tambien se quitó el calzado para pisar con respeto aquella tierra que honraba el Señor con su presencia, porque para ir á Dios es menester despojarse de los objetos terrestres y mortales que nos distraen y nos embarazan.

Tanta pureza parece difícil en un pobre pecador, y en efecto es imposible á la naturaleza corrompida; pero todo lo puede con la divina gracia. Es verdad que esta muerte espiritual, este tan general desapropio no es dado á todos, y es privilegio particular de la esposa, esto es, de las almas dichosas que le han

obtenido con mucho afan y largos trabajos; pero, esperando conseguirlo algun dia, debemos desde luego hacer lo que podamos, y nuestro buen Dios se contentará con la parte que le demos; ello es cierto que si el hombre hace todo lo que cabe en su esfuerzo para venir al altar con una devocion sincera y actual, con la reverencia interior, y con la gratitud que debe á don tan alto, tiene mucha razon de esperar en la misericordia divina.

Despues, señor, hablaremos de los medios con que podemos esperar de Dios estas disposiciones; pero antes me parece necesario esforzaros á desterrar de vuestra alma esos terrores exagerados que recelo sean un artificio de nuestro comun enemigo; me parece que en estas circunstancias el mayor sacrificio que debe hacer vuestra humildad es renunciar á su propio juicio. Tened presente que San Pedro se resistía á que su Maestro le lavase los pies con el mismo pretexto de humildad, y que Jesus le amenazó diciéndole, que si no se dejaba lavar los pies no tendría con él parte alguna; haced como San Pedro, y decidle, que no solo os lave los pies, sino las manos y cabeza.

Ya este divino Salvador os roció con su sangre en el sagrado tribunal, ya os ha lavado; ahora os convida, ahora quiere venir á vos, y depositarse en vuestro seno. Trae consigo la misma sangre que acaba de lavar todo, y aquella carne que á todo da vida, abridle pues las puertas de vuestro corazon; la confianza en su bondad sea mayor que el temor de vues-

tra bajeza y la memoria de vuestros delitos. Yo espero que esta humilde obediencia, unida al conocimiento de vuestra indignidad, hará que lo seáis menos; y pues habíamos escogido el domingo, como el día en que debíamos cumplir esta grande acción, no habiendo nuevo motivo que nos detenga, no debe tampoco haber razón para apartarnos de resolución tan santa. No perdamos el poco tiempo que nos queda en contestaciones inútiles, y aprovechémosle todo en prepararnos á ejecutarla lo mejor que nos sea posible.

Yo no pude resistir á las razones y á la autoridad de mi santo director, y le respondí, que no replicaba mas, sino que me sometía á dejarme gobernar enteramente por su prudencia.

El padre me pareció satisfecho; pero apenas empezaba á renovar su discurso, y explicarme los medios que debíamos practicar para prepararme, cuando oímos tocar á la puerta de mi estancia: esta novedad nos sorprendió mucho, y nos debía sorprender; era la primera vez que se nos interrumpía en nuestras frecuentes conferencias: parece que Dios me había retirado á aquella santa casa como para que habitase en la region de los muertos, y que ninguna idea del mundo pudiese turbar las de religion y penitencia de que enriquecía mi alma.

Ni el padre ni yo podíamos imaginar quien era el que podía venir á interrumpir nuestra acostumbrada soledad; pero, viendo que el golpe se repetía, se levantó, y abriendo la puerta vió que era el portero de la casa, quien le dijo que una persona de fuera ha-

bía preguntado por mí, y me quería hablar. El padre y yo quedamos confundidos, oyendo que un hombre extraño me buscaba, y al mismo tiempo se nos despertaron muchas ideas de terror: ¿Quién podía saber que yo estaba allí? ¿y qué podía querer de mí? No podía ser mas que un ministro de justicia que habria sabido que yo era el matador del extranjero. ¿Se habrá descubierto que yo estaba escondido en esta casa, y si vendrá á prenderme? El padre hallaba muy verosímil este discurso, y no sabíamos que partido tomar.

Mientras duraba esta confusion yo me asomé á la sola ventana de mi cuarto, y vi un hombre que se paseaba en el patio. ¡Cuál fué mi sorpresa cuando reconocí que aquel hombre era Simon! Llamé apresurado al portero para que le viese, y le pregunté si era aquel hombre el que me buscaba; me respondió que sí: entonces volviéndome al padre le dije, que me parecia no habia nada que temer; que aquel hombre era un criado antiguo de mi casa, nacido en ella, y criado conmigo; que de todo tiempo habíamos sido amigos; que era un hombre fiel, y de todos los mortales aquel en quien yo podía tener mas confianza; que no era posible que él fuese capaz de prestarse á nada que fuese contra mí; antes bien presumia que su zelosa amistad, inquieta de mi ausencia, me habria buscado con ardor, y que no habria parado hasta desenterrarme en aquel retiro, y si no habia otro que él no habia riesgo alguno en que me viese; el padre preguntó al portero si estaba solo, ó habia venido acompañado de alguno, y habiendo sabido que no

habia otro , salió él mismo para conducirle y traerle á mi cuarto.

Desde que Simon entró y me vió , prorrumpió en un diluvio de lágrimas , se echó á mis pies , y abrazaba mis rodillas con las mas vivas demostraciones de amor ; yo me eché á sus brazos para levantarle , pero me fué imposible , y fué menester mucho tiempo para que se pudiera sosegar. El padre deseaba que hablase para saber de él la causa de su venida , y si habia algo que temer , pero Simon sofocado por los sollozos no podia hablar ; en fin despues de bastante tiempo se pudo conseguir que se levántase.

El padre le preguntó como habia podido saber que yo estaba allí. Simon le respondió que despues del dia de mi ausencia no habia hecho otra cosa que correr por todos los alrededores , informándose de mí en cuantas casas , conventos y lugares encontraba ; que por desgracia no le habia caido en el pensamiento venir á este convento hasta aquella mañana ; pero que habiendo venido , y preguntado al portero si yo estaba allí , este respondió que hacia dias que estaba aquí un hombre desconocido ; que su corazon palpité con esta respuesta , y le habia pedido le veniese á avisar , porque era muy importante que le hablase ; que el portero vino , y que al fin el destino le queria consolar de su mucha afliccion.

Todo esto fue dicho con tanto llanto , y de una manera tan interrumpida , que aunque el padre y yo teníamos un deseo muy vivo de saber circunstancias que nos interesaban mucho , conocimos que era in-

dispensable dejarle sosegar todavía para que nos lo pudiera contar todo con puntualidad. Cuando lo creímos en este estado , le pedí una relacion exacta de todo , y él dirigiéndose á mí me dijo así :

Ya os acordais , señor , de aquella mañana infeliz en que salisteis de casa sin decir nada ; esta desaparicion nos sorprendió á todos ; nos preguntábamos unos á otros donde estabais , sin que ninguno pudiera darnos razon ; yo fui á preguntar al portero. Este me dijo que poco despues de haber rayado el dia le mandasteis abrir la puerta , y que salisteis solo ; que él habia estrañado esta diligencia inopinada ; pero que lo que le sorprendió mas fue veros salir de capa , y con una espada ; que , movido de su curiosidad , habia llegado hasta el umbral para observar hácia donde ibais , y que os vió doblar la esquina de la calle por el lado que conduce al campo.

Al instante , sin detenerme en reflexiones , me puse á seguiros por el camino que me habia indicado el portero ; corrí con la mayor velocidad , llegué á la puerta de la ciudad , miré al rededor de mí sin saber adonde dirigirme ; pero , habiéndome adelantado algunos pasos , no quedé poco sorprendido cuando ví un campesino que se esforzaba á hacer montar á caballo á otro hombre que pareció levantaba de la tierra ; acerquéme como para ayudarlos , y , observándolo con atencion , me pareció que el caido se parecia á un estrangero que habia llegado poco antes , y que , por el fausto y opulencia con que vivia , era muy co-